



ELLO!—preguntó entre dientes Mr. Smith, el jefe de policía mientras maldecía de todo corazón al inoportuno que le molestaba por teléfono a horas tan tempranas de la mañana, y precisamente cuando menos ganas tenía de dejar el lecho.

—Soy yo, jefe—le contestó una voz.

Mr. Smith conoció inmediatamente aquel timbre de voz y su rostro se animó por una alegría repentina.

—¡Ah!, ¿eres tú, Alberto?

—El mismo que viste y calza, jefe.

—¿Has conseguido algo?

—Precisamente, por eso le he molestado. Ya tenemos a nuestro hombre y por más señas, pasará todo el día de hoy y de mañana en la hacienda de don Pedro Balbuena, el rico hacendero de San Pablo, Laguna.

—¿Dos días?

—Sí, el señor Balbuena celebra en su casa una gran fiesta que comenzando hoy, sábado, durará hasta mañana la tarde.

—¿Ha sido invitado nuestro hombre?

—No se decirle jefe, pero ya sabe usted que nuestro amigo no suele esperar invitaciones.

—¿Estás seguro de poderle echar el guante esta noche?

—Segurísimo, señor. Le ruego, sin embargo, no se atrase y lleve algunos hombres consigo por si los necesitásemos.

—Muy bien, al mediodía estaremos allá.

—Entonces, jefe hasta luego.

—Hasta luego, hombre, y buena suerte.

—Gracias.

Mr. Smith colgó el auditivo del teléfono y luego se restregó las manos con satisfacción mientras murmuraba por lo bajo algo nervioso.

—No hay duda. Alberto es uno de mis mejores agentes y sobre todo muy testarudo. Lo que es esta vez, no le arriendo las ganancias al pobre "Conde". El infeliz no sabe con quien se ha tocado.

* * *

La mansión de don Pedro Balbuena, uno de los hacendados mas ricos de San Pablo de la provincia de Laguna, se alzaba aristocrática y orgullosa en uno de los terrenos más altos de aquel pueblo, rodeada de viejos árboles frutales de todas clases. Era una de las casas más grandes y mejor construídas de aquella localidad, y todas las comodidades y elegancias que tenía,

acusaban claramente la gran fortuna de su dueño.

En el preciso momento en que la describimos, sus hermosos jardines se hallaban ya llenos de invitados que por el vestir y por el trato, demostraban ser todos personas distinguidas y pudientes de aquel lugar algunas, y otras de los pueblos circunvecinos y de Manila.

Don Pedro, ayudado de su linda hija Rosalía, se hallaba muy atareado haciendo los cumplidos de la casa.

Acababan de dar las once, y el último invitado traspasaba la puerta de hierro de la gran verja que rodeaba la señorial mansión de los Balbuena.

La orquesta había roto el silencio con sus acordes e inmediatamente la sala se llenó de jóvenes parejas que se entregaron por completo a las delicias del baile...

Pero don Pedro, el amable anfitrión, no estaba del todo satisfecho y en su rostro se podía leer cierta ansiedad.

—Dios mío—exclamó como hablando consigo mismo—sería terrible. Pero temo no engañarme. No hay duda, aquel individuo que he visto tan callado y con aire

tan sospechoso es el "Conde", el célebre bandido de quien se han ocupado tanto los periódicos. Y sin embargo, no puedo hacer nada por ahora. Primeramente porque podría ser víctima de una lamentable equivocación y después porque, de ser él, podría armarse un escándalo y entonces ¡adiós fiesta! No, lo mejor es callar y estar alerta. Por de pronto avisaré a Rosalía para que esté también sobre aviso.

Y subió de dos en dos los peldaños de la escalera y entró en la gran sala en busca de su hija. Viendo, sin embargo, que no se hallaba entre aquellos invitados, volvió a bajar al jardín y estuvo recorriendo con la vista todas las mesitas artísticamente repartidas a la sombra de los árboles y en las que el resto de los invitados, los menos entusiastas del baile, tomaban algunos refrescos.

De pronto el viejo no pudo evitar un ligero temblor. En una de las mesas más arrinconadas del jardín se hallaba departiendo alegremente Rosalía con un hombre. Don Pedro reconoció en él al individuo sospechoso, al invitado "no invitado" que tanto le preocupaba.

Sin embargo, reponiéndose inmediatamente, se acercó a la mesita y dirigiéndose a su hija:

—Rosalía, quisiera decirte dos palabras—y luego al desconocido:

—Con su permiso, caballero...

De X á XII

por

Miguel Ripoll Soler

—Usted lo tiene, señor—contestó el descubierto levantándose y haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Don Pedro llevó a su hija a cierta distancia y cuando se aseguró que nadie podía oírles, le dijo:

—Oye, Rosalía, ¿recuerdas lo que decían los periódicos acerca de cierto bandido a quien se le apodaba el “Conde”, por su finura y buen trato?

—Sí, Papá; lo recuerdo perfectamente y según las últimas noticias ha logrado evadirse de la cárcel.

—Ahora bien, contéstame a una pregunta. A ese joven con quien hablabas muy entusiasmada, ¿le has invitado tú a la fiesta?

—¡Cómo, papá! ¡Sí es su invitado! ¿A qué ya se ha olvidado usted?

—¿Mi invitado?

—Me lo acaba de decir.

—No hay duda ¡es él!

—Quiere usted decir que...

—Que ese hombre con quien hablabas no es otro... que el “Conde”... y el viejo no pudo continuar, porque solo pronunció aquel nombre le daban escalofríos.

—Pero papá—exclamó su hija con tono de incredulidad— si ese joven es tan amable y sobre todo tan simpático...

—Ya ves lo que decían los periódicos de él, que es muy simpático, que parece muy bien educado y no sé que otras cosas más tretas de que se vale el muy pillo para engañar a los viejos y fascinar y atraer a los jóvenes... ¡Hombre! a propósito y hablando de otra cosa, ¿has visto a Antonio? Que guapo viene, ¿verdad? Ya se ve que le ha sentado la temporada de vacaciones en su provincia. Me ha prometido venir. No sabes cuanto me alegraría Rosalía que se interesara por tí. Es abogado, joven, guapo y un chico de porvenir, ¿qué más quieres Rosalía?

—Tienes razón, papá, pero aún no me ha interesado. Quizás más tarde, cuando le conozca mejor...

En aquel momento sintió Don Pedro que una mano se posaba en su hombro y una voz conocida le decía:

—¡Hola, Don Pedro! ¡Cómo está usted, ¡tanto tiempo sin vernos!

—¡Antonio!—prorrumpieron simultáneamente padre e hija reconociendo al recién llegado.

—El mismo señores, ¿cómo están ustedes?

—Muy bien, muy bien, ¿y usted?

—Bien, gracias.

Rosalía creyó prudente dejar solos a su padre y a Antonio. A ella no le agradaba mucho aquel joven. Así es que so pretexto de que tenía que ir a hablar a algunas amigas se alejó. Sin embargo, poco antes de desaparecer por el vesti-



bulo de la puerta, echó una última ojeada al joven misterioso que a la sazón continuaba aún sentado en el mismo sitio y algo pensativo.

—Es raro—murmuró—tan simpático y tan amable. Pero su actitud es en verdad algo sospechosa.

Durante la comida el tema principal de la conversación fué el célebre bandido conocido con el apodo de el “Conde”, y sus fechorías. Las señoras se estremecían de miedo mientras que los caballeros, principalmente los más fatuos, aseguraban haberlo visto personalmente, y se habló tanto del bandido, que la fama de éste tomó en un momento colosales proporciones para todos los presentes en aquella fiesta. La conversación había sido iniciada por el propio don Pedro, con ánimo de observar que impresión causaba en el desconocido que a la sazón, por obra y milagro de Rosalía, ocupaba un sitio en la mesa al lado de la joven. A Rosalía, sin saber por qué, le atraía aquel rostro moreno y varonil de aventurero, y le agradaba oír aquella voz llena y suave que a ratos tenía modulaciones acariciadoras.

Cuando el dueño de la casa pronunció el nombre del célebre bandido se fijó en el rostro del desconocido y le pareció que éste tembló ligeramente mientras clavaba en él aquella mirada fría y penetrante que le había causado malestar mucho antes en el jardín y que ahora acabó por hacerle enmudecer.

En toda la tarde se estuvo bailando en casa del señor Balbuena,

Los que no bailaron por no saber o porque no eran amigos de andar haciendo piruetas al compás de la música, se dedicaron a organizar juegos de salón unos y echar partidas de ajedrez y tresillo otros. La tarde había sido corta, muy

corta para aquella gente, como sucede siempre en donde todo es alegría y diversión. Y las horas les parecieron a todos excesivamente cortas aque la tarde, y todas las miradas que se dirigieron al viejo reloj de pared, cuando anunció las nueve de la noche eran de disgusto y malhumor; aún querían divertirse, pero era ya muy tarde y sabían que el dueño de la casa tenía la antigua costumbre de recogerse temprano, aún en días de fiesta como aquél.

Y es que el reloj, ese aparato mecánico que puntual marca las horas, y recuerda a los hombres la marcha inalterable del tiempo, tiene en la Alegría y en el Dolor a dos acérrimos enemigos. No hay duda que solo es mirado con buenos ojos por aquellos que, como si llevaran dentro del pecho una gran máquina reguladora, no conocen a fondo las sensaciones del vivir; por aquellos que solo viven una vida acompasada y pacífica todo ella sujeta al monótono tic-tac de un reloj... En el dolor, el reloj es un factor más que viene a aumentar las penas del que sufre, recordándole a cada campanada, que aún vive en este mundo de miserias y que aún pasará horas de angustia... Para los que esperan una irremediable desgracia, que la hora de la prueba se acerca... Nadie puede figurarse la horrible desesperación que debe sentir el reo de muerte, cuando las campanadas tristes de un reloj lejano le anuncian la proximidad de la hora fatal...

Enemigo siempre es de la alegría, de todo aquel que se divierte. ¡Cuántas diversiones concluidas! ¡Cuántas alegrías desbaratadas por su causa! ¡Cuántos jóvenes han perdido el deseado "sí" que veían vagar casi imperceptiblemente por los labios de la amada cuando el reloj la ha sacado de su ensimismamiento indicándole la conclusión de una fiesta...

Pero volvamos a nuestra historia. Don Pedro Balbuena no había quitado en toda la tarde la vista de aquel desconocido. A las nueve y siguiendo sus viejas costumbres se dirigió a todos los presentes y les anunció que ya era hora de descansar. Al día siguiente aún podrían divertirse puesto que la fiesta continuaría hasta la tarde.

Luego, aprovechando un momento en que Rosalía pasaba por su lado, la detuvo.

—Hija mía, no te asustes, pero procura no dormirte. Me temo que esta noche nos dé una sorpresa nuestro *huesped*.

—Pero, papá, aún sospecha usted de...

—Sí—le interrumpió su padre—ahora más que antes ¡con que alerta!

—Parece demasiado caballero...

—Ta, ta, ta, sí fiáte de su cabalerosidad. Pero a mí no me engaña ese tipo: ya he aviado a

la policía para que lo atrape "in fraganti".

Cuando Rosalía se hubo recogido, don Pedro se dirigió a su despacho.

Allí le aguardaba un hombre que al verle entrar se levantó y le saludó ligeramente con la cabeza.

—¿Es cierto que me quería usted hablar, don Pedro? Así me lo ha comunicado Rosalía de su parte.

—Si amigo, siéntese y escuche lo que le voy a decir.

—Usted dirá.

—Antonio, usted sin duda habrá oído nuestra conversación en la mesa...

—Sí,—exclamó irónicamente Antonio, pero con cierto temblorcillo en la voz—del célebre bandido.

—Perfectamente. ¿Usted le ha visto alguna vez personalmente?

—Yo no... o mejor dicho, sí, recuerdo que una vez fui por asuntos de mi profesión a Bilibid y le ví allí, pero como ya hace tiempo de eso...

—¿Podría describirme algunos rasgos de aquel hombre?

Antonio estuvo pensativo unos instantes. Luego como si hubiera conseguido hilvanar sus ideas, contestó decidido:

—Sí, parece que recuerdo algo, era de estatura regular, de formas atléticas y algo moreno, creo yo...

—Basta, basta—le interrumpió el viejo satisfecho—es el mismo, no cabe duda. Antonio, el "Conde" está entre nosotros y por lo visto está preparándonos una sorpresa.

—¡Cómo!—exclamó el interpelado con aire de sorpresa—ese bandido aquí! Y usted allí tan tranquilo. Avisaré a la policía.

—No se apure, ya lo he hecho y estarán aquí de un momento a otro.

—¡Ah! ¡Menos mal!

—Quiero pedirle un consejo. ¿Cree usted que debería quitar el dinero de la caja fuerte y esconderlo en otra parte o dejarlo donde está?

—¡Oh! De ninguna manera—contestó Antonio apresuradamente—en ninguna parte está más seguro que allí. Además podría espíarle y entonces...

—Sí, tiene usted razón, lo dejaré. Pero lo que es yo paso aquí toda la noche. ¡Qué se atreva a acercarse a la caja! Además la policía no tardará en llegar.

Antonio estuvo unos instantes silencioso. Luego se acercó al Sr. Balbuena y le dijo persuasivo.

—Yo me encargo de velar aquí. Váyase a descansar, que a su edad necesita usted reposo.

En un principio el viejo se negó a ello,

pero Antonio se valió de todos los recursos para convencerlo y el viejo accedió.

—Muy bien—dijo—ya que usted se empeña, pero de todos modos no cerraré los ojos y bastará con que dé un grito para que venga en su ayuda. Ya son las nueve y media y la policía no tardará en llegar.

* * *

Cuando Antonio se quedó solo en el despacho de don Pedro se sentó en una silla y se puso a contemplar la caja fuerte que se hallaba enfrente de él. Así estuvo aguardando. Al poco rato oyó que daban las diez.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación atisbando por si apercibía algún ruido. Luego dándose una palmada en la frente exclamó:

—Si seré bruto, se me ha olvidado—y salió del despacho.

Apenas había abandonado Antonio la estancia, cuando un hombre se deslizó por la puerta dentro del despacho. El recién aparecido apagó la luz y se arrodilló frente a la caja fuerte. Estuvo manipulando en la cerradura algunos instantes y luego abrió la tapa y se apoderó de los billetes de banco que allí había guardados. Se levantó e iba ya a salir cuando de repente se encendió la luz y apareció en el dintel de la puerta una mujer. Era Rosalía.

Al ver al hombre aquel no pudo reprimir un grito :
—¡Usted!—exclamó espantada.

Ante ella se erguía la viril figura de aquel desconocido que tanto le había atraído, un poco pálido, pero siempre sereno y con aquellos ojos penetrantes fijos en ella.

—No se mueva, señorita, ni intente gritar o será el último grito que dé en su vida—y amenazador le apuntaba con una pistola.

La joven muda de terror no dijo palabra. El desconocido entonces con la mayor calma, arrancó una de las cortinas de la puerta y después de amordazarla con su pañuelo le ató las manos y los pies. Cuando hubo concluido la alzó sobre sus hombros, la dejó en una pequeña habitación que había contigua al despacho y que hacía las veces de biblioteca. Después cerró la puerta y desapareció en la obscuridad.

A los pocos momentos volvió Antonio. Se sentó de nuevo en su sitio y esperó. Al parecer, no se había dado cuenta de la pequeña escena que se había desarrollado pocos minutos antes en aquel mismo sitio en donde él se hallaba, pues sacando un cigarrillo se puso a fumar tranquilamente.

Entre tanto don Pedro Balbuena que se había echado vestido en el lecho, tenía los nervios en tal tensión, que optó por levantarse y ponerse a pasear por toda la habitación, temiendo oír a cada momento el grito de Antonio pidiendo auxilio.

Al poco rato miró el reloj.

—A las doce menos cinco—murmuró—y aún...



No pudo concluir. Oyó un disparo y luego el ruido de dos cuerpos que luchaban y luego una gritaría general. Todos los de la casa se habían despertado al oír el tiro y acudían presurosos al sitio en donde se armó el zafaranchó. Don Pedro bajó volando las escaleras con peligro de romperse un hueso. Cuando llegó a su despacho quedó sorprendido.

Dentro había muchos hombres. En el centro mismo, el hombre desconocido tenía sujeto a otro a quien en aquel preciso instante estaba colocando las esposas.

Si a don Pedro en aquel momento le hubieran echado una vasija de agua fría de fijo que no hubiera experimentado igual sorpresa que la que experimentó al ver al esposado. Era Antonio.

Aquel hombre no parecía el mismo de antes. Aquella finura y elegancia tan bien fingidas, habían desaparecido y ahora viéndose irremediablemente perdido se presentó ante los ojos atónitos de todos los presentes tal cual era, con una sonrisa perversa e irónica y con una mirada, fría y cruel que helaba la sangre.

Uno de los presentes, que no era otro más que el jefe de policía Mr. Smith, viendo que tanto el dueño de la casa como los demás se miraban asustados como preguntándose algo, se adelantó,



y dijo pausadamente en medio del mayor silencio:

—Permítame, señor Balbuena, que le explique lo sucedido. Este hombre que aquí veis esposado y sorprendido en el acto mismo en que intentaba forzar la caja fuerte es Pedro Arcos, mejor conocido por el apodo de el "Conde", varias veces convicto por robo y prófugo de Bilibid en donde se hallaba cumpliendo su condena.

—Pero... —comenzó el señor Balbuena.

—Sí, se presentó como abogado, ¿verdad? No le haga caso. En otras ocasiones dice que es mé-

dico y en otras contador público.

Y continuó, señalando al desconocido:

—Y permítame ahora que le presente al Sr. Alberto Saenz, rico propietario de Manila y por afición uno de mis mejores agentes secretos. Se empeño en arrestar al "Conde" y lo ha conseguido. Ya lo ven ustedes.

—¿Y Rosalía? ¿Dónde está mi hija?—preguntó don Pedro no viendo a su hija.

—Aquí estoy, papá—contestó la joven, que había sido libertada de sus ligaduras por uno de los agentes.

Rosalía se había quedado en el dintel de la puerta escuchando lo que decía Mr. Smith.

Alberto entonces se adelantó y entregó al Sr. Balbuena la cantidad que había sacado de la caja mientras decía sonriendo:

—Como usted comprenderá, no quise aventurarme y por temor a un fracaso a última hora, me adelanté y saqué el dinero, para tenerlo seguro en mi poder.

Y luego dirigiéndose a Rosalía, le susurró al oído despacio, con aquella voz que tanto gustaba a la joven:

—Rosalía, ¿me perdona? Tuve que tratarla rudamente, pero ya ve usted, me obligaron las circunstancias. Pude haberla dicho lo que sucedía y pedirla buenamente que no gritara, pero en aquel momento no se me ocurrió y temí que todos mis planes se desbarataran.

—¡Oh! No se preocupe. Además, ya sabe usted bien que no tengo que perdonarle.

Y le envolvió en una mirada tan llena de halagadoras promesas, que el joven por primera vez en su vida se vió en grandes aprietos para sostenerla sin pestañear.

tenerla sin pestañear.

* * * * *
Han pasado varios días sin que Mr. Smith, el jefe de policía, haya tenido más noticias de Alberto su agente favorito.

En este momento aquél se halla desayunando tranquilamente en su casa rodeado de su familia. De pronto suena el timbre del teléfono.

Se levanta y corre al aparato.

—¿Hello! ¿Quién es?

—Yo, jefe—contesta una voz.

—¡Ah! ¿Alberto?
 —El mismo, señor, ¿qué tal? ¿Cómo está usted?
 —Bien, bien. ¿Pero qué pasa? ¿Otro arresto?
 —Sí, Señor; otro arresto y otra vez le necesito. Sin embargo basta con que mañana venga usted solo.
 —¿Otra vez a La Laguna?
 —No, ahora en Manila.
 —Bueno hombre, bueno, iré. Pero dime antes ¿está ya arrestada esa persona o por arrestar?

—Arrestada, jefe y para toda la vida—contestó Alberto alegremente.
 —¡Cuánto me alegro! ¿Y a qué hora será la boda?
 —A las siete en punto. No falte usted se lo pido por favor, que Rosalía tiene especial empeño en que esté usted presente.
 —No, muchacho no temas, estaré allí sin falta. ¡No faltaba más!
 —Bueno, jefe, hasta mañana.
 —Hasta mañana.

Junio 11, 1929



"FILIPINAS COMPANIA DE SEGUROS"

"FILIPINAS BUILDING"

21 PLAZA MORAGA
 MANILA

ACEPTAMOS SEGUROS DE

VIDA
 INCENDIOS
 MOBILIARIO
 MERCANCIAS
 VAPORES
 AUTOMOVILES

FIANZAS y GARANTIAS
 PRESTAMOS HIPOTECARIOS
 SE ALQUILA LOCAL PARA OFICINAS

Diríjense a la:

Oficina Central, Cuarto No. 205

"FILIPINAS BUILDING"

Teléfonos 21763 y 21764,
 P. O. Box No. 745, Manila

ANGEL OVEJAS

Fotógrafo Comercial

1832-C Int. Azcarraga

Sta. Cruz, Manila

Tel. 2-51-39

ARELLANO ART STUDIO

SAMANILLO BUILDING

Escolta 619

Tel. 2-38-37

"EL HOGAR FILIPINO"

SOCIEDAD MUTUA DE CONSTRUCCION
 Y PRESTAMOS

Fundada en 1910

P. O. BOX 105

MANILA

*Quien no vive en casa propia
 es porque no quiere hacerlo.
 Quien dinero necesite,
 pida en EL HOGAR dinero.*

Se ofrece en las más ventajosas condiciones, a plazos, para construir edificios, para mejorarlos o para librarlos de entornos onerosos.

Facilita prospectos *EL HOGAR FILIPINO*, Sociedad mutua de Construcción y Préstamos.

Pidanse prospectos. Se remiten gratis.

ANTONIO MELIAN
 Presidente.

MANUEL M. RINCON
 Gerente.